

ELÍSA BET
BENAVENT



EL ARTE
DE ENGAÑAR
AL KARMA

Una aspirante a actriz cansada de hacer *castings*...

Un artista reconocido en plena crisis creativa...

Unos valiosos cuadros encontrados en un desván...

Y el arte del engaño para cambiar las leyes del karma.

*A ti.
Por las alas.
Por las flores.
Por los domingos.
Por lo que pudo haber sido.*

1

La estrella estrellada

La sala, como no podía ser de otra manera y tal y como lo fueron sus primas hermanas anteriores (muchas y durante muchos años), era un cuartucho oscuro y mal ventilado que olía a café y a bocadillos de fiambre barato. Un foco potente casi no permitía distinguir los rasgos de los directores del *casting* que, sentados en sillas plegables, parecían ya cansados y muy hartos. La casuística de los horarios que te otorguen en una audición es una ciencia aparte.

Dejé mi bolso en un rincón y me planté frente al foco. Sonreí con comedimiento y me presenté.

—Catalina Beltrán, encantada.

—Adelante, Catalina —respondió uno de los hombres, enfrascado en la lectura de unos papeles manuscritos.

Ni me miraron. Ni de pasada.

El piloto rojo de la cámara indicaba que mi prueba había empezado ya con el simple acto de decir mi nombre. Normalmente te dan la oportunidad de pasar texto una o dos veces antes de grabar, pero me di cuenta de que andaban con prisa. Carraspeé para aclararme la voz, cerré los ojos un segundo y solté tal cual el parlamento que me habían mandado por *e-mail* para el *casting*.

—Debiste decírmelo, tía. Yo no sabía que Arturo iba a enamorarse de mí y tampoco sabía que mataría a tu hermano en aquella refriega. Todo fue un error..., ¡todo! —Tragué saliva, en la mejor representación de una adolescente consternada, azotada por la culpabilidad—. Y lo peor... es que todo el instituto lo sabe. Que tú me odiabas, que Arturo y yo follábamos en el almacén del gimnasio y que el verda-

dero motivo por el que tu hermano murió fue que... quería matarte.

El guion era terrible. Lo sé. Daba ganas de ponerse a vomitar entre risas, como cuando te sobreviene una arcada estando de fiesta y haces lo que puedes mientras tu mejor amiga te hace reír. Pero si me ofrecían el papel de una niña de diecisiete años en una película de instituto y asesinatos conspiranoicos..., no estaba el horno como para ir rechazando papeles. Malos tiempos para tener principios... y buen gusto. Y muy mala suerte en mi vida. En la anterior, probablemente, fui el doctor Mengele.

—¡Quería matarte, Anto! —declamé visiblemente afectada.

—Cristina... —dijo alguien.

—Es Catalina —le corregí con educación, saliéndome del papel.

—Catalina, sí, perdón..., ¿cuántos años tienes?

Una daga clavándose con inquina diecisiete veces en mi corazón hubiera dolido menos.

—Prácticamente podríamos decir que treinta —respondí cambiando el peso de una pierna a otra y acompañando el movimiento de un suspiro.

—Ajá..., ¿sabes que el personaje para el que estamos haciendo la prueba tiene doce menos, no?

—Sí —asentí—. Pero, bueno..., en *Al salir de clase* había gente haciendo de adolescente que ya había terminado de pagar su segunda hipoteca.

—Las cosas han cambiado.

—Ya...

—Se han debido equivocar mandándole el papel..., ¿no sería el de la madre? —escuché que se decían en un susurro uno al otro.

—Sí, debe de ser.

—¿¡La madre!?! —Me horroricé.

—Una madre joven —respondieron con una sonrisa descendiente.

—Mira, guardamos esta prueba y si hay un papel más acorde para ti..., ya te llamaremos.

«Ya te llamaremos», el mantra más escuchado de mi existencia.

—¿Tenéis algún papel de teleoperadora de casi treinta hasta el higo de su vida de mierda? Ese lo bordo.

Sonrieron con educación, aunque estoy segura de que ni siquiera me escucharon. Debían de estar preguntándose por qué narices seguía yo allí dentro.

2

Venga, Catalina...

La puerta de mi hogar era muy fea. Pero fea..., fea como solo puede ser algo que se fabricó en serie en los años sesenta para la clase trabajadora y que sobrevivió sin mimos. El día que fui a visitar el piso por primera vez ya me lo pareció. Era una puerta realmente horrorosa, brutalista, que parecía haber sido hecha con la madera sobrante de algún ataúd muy grande y feo. Por la gloria de España..., era tremenda. Visualmente podía ser la metáfora más gráfica de cuarenta años de franquismo. O de mis sueños laborales. O de mi búsqueda del amor. O de mi cuenta corriente. En serio.

A decir verdad, para no culpar solamente a la pobre puerta, diré que no se me ocurre un lugar de España más antiestético que el rellano de aquel piso. A menudo, cuando abría la puerta del ascensor (también una delicia arquitectónica y ejemplo de estilo, nótese mi ironía), me imaginaba a los obreros encargados de la hazaña, allá por 1962, diciéndose el uno al otro: «Manda huevos, qué cosa más fea».

Sí, el rellano, la puerta, el timbre, la mugre que acumulaba el gotelé que rodeaba el timbre, la luz del descansillo, las mirillas..., todo era horrible, pero escondía, como suele pasar en estos casos, un tesoro: el piso de Teresa. Y el piso de Teresa era mi hogar.

El día que me entrevistó como posible inquilina, me sorprendió la luz de la casa y cómo la potenciaba el amarillo pálido de las paredes y el verde intenso de los cientos de plantas que adornaban, a distintas alturas, cualquier rincón.

El suelo hidráulico dibujaba cenefas y espirales en colores bellísimos, ya apagados por el tiempo, y el salón se abría tras un enorme arco con algunas volutas y tallas.

—Perdona que te lo diga..., pero esa puerta no le hace justicia al piso —le dije señalando el megalito de madera.

—Ya. —Sonrió afable—. Mi madre era una nostálgica y..., fijate, lo reformó de puertas para adentro para que pareciera uno de esos pisos antiguos del barrio de Salamanca, pero mejor... Porque, ya sabes lo que dicen...

Arqueé las cejas, intentando que siguiera, pero no parecía darse por enterada.

—¿Qué dicen?

—Ah. —Se sobresaltó con mi pregunta y se rio. Era una mujer de unos cincuenta con aire de profesora de pócmas en un castillo—. Que Chamberí es lo auténtico. Salamanca es solo para nuevos ricos.

No tenía ni idea de lo que me estaba diciendo, pero quise vivir allí de inmediato. Y gracias a aquella decisión, una vida que podría haber sido solo una orgía de costumbrismo tenebrista digna de Caravaggio fue, además, divertida. Pero esta historia empieza, justamente, cuando fue entrando la luz, como ya te imaginas.

La puerta horrorosa se abrió con un chirrido de pasaje del terror y le devolví una sonrisa comprensiva. Pobre puerta; yo también tenía días así, con poca dignidad.

—¡Hola! —grité quitándome la chaqueta y dejándola colgada en el perchero de la entrada, junto al bolso y al pañuelo que llevaba al cuello..., que ya voy adelantando que no era precisamente de Hermés. Más bien de los saldos de H&M cuando están terminando las rebajas.

—¡Hola! —respondió un coro de voces desde la cocina.

Me asomé y tres caras me sonrieron alrededor de la mesa. Elena, en uno de los lados, sostenía el tenedor y el cuchillo sobre algo empanado que, la verdad, tenía muy bue-

na pinta. Al otro lado, Laura echaba agua en el vaso que, claramente, habían preparado para mí. En el centro, como siempre, Teresa, como la matriarca de aquel piso. Casera, compañera y viuda de nacimiento, según su propia definición.

—Menudas horas de llegar, ¿no? —escuché a mi espalda, mientras me dejaba caer en una silla vacía.

Claudia, la última de mis compañeras de piso, llevaba puesto un conjunto *homewear* que si yo lo hubiera llevado para ir a trabajar habría sido lo más elegante que me habrían visto lucir jamás. Claudia era la nota discordante de un piso de cinco habitaciones y tres baños que Teresa alquilaba, no sabíamos si para compartir gastos o para compartir soledad.

Claudia trabajaba como abogada. Claudia siempre tenía la habitación limpia. Claudia tenía horarios leoninos, pero aún tenía tiempo para mantenerse en forma, estar siempre perfecta (pestañas, uñas, cutis, ropa planchada...) y cumplir con los turnos compartidos de las labores del piso. Claudia siempre tenía una opinión muy clara sobre las cosas. Claudia nunca parecía dudar. Claudia era una puta extraterrestre que no lloró viendo *El diario de Noa*. No me fío de la gente que no llora con esa película. Y supongo que ya te imaginarás que... era la única de mis compañeras que no me caía especialmente bien.

—Sí, hoy he terminado un poco más tarde —respondí de soslayo.

—¿Algún *casting*?

Miré de reojo a Laura, Elena y Teresa, y puse los ojos en blanco. Nunca compartía ese tipo de información con Claudia porque me daba la sensación de que siempre terminaba usándola en mi contra, cargada de una condescendencia que me hundía en la miseria. Ya tenía suficiente mala suerte en la vida como para tener que confesar mis dramas a Doña Perfecta.

—¡Eso! Catalina, ¿qué tal el *casting*?

No es que Teresa fuera tonta, es que era muy ingenua y siempre pensaba que la gente era buena. Es la única explicación que me cabe para que terminara alquilándome la habitación al precio que pagaba. Bueno, y que no tenía ventana...

—Pues el *casting* como todos. «Ya te llamaremos».

—¿Para qué era? —preguntó *Miss Perfección*.

—Pues para una peli con toda la pinta de terminar cubierta de caspa.

—Bueno... —Claudia me apretó el hombro—. Cata, no pasa nada. La suerte es una actitud; tú no desfallezcas.

El timbre de un móvil sonó en la lejanía y ella se apresuró a coger un yogur, una cuchara y salir por la puerta.

—Es el mío... Buenas noches, chicas.

—Corre, corre, que será del teléfono de la esperanza —rezongué yo.

Eché un vistazo hacia el marco de la puerta y cuando escuché la de su dormitorio cerrarse, me volví hacia mis compañeras.

—¿La habéis oído? ¡Que la suerte es una actitud, dice! ¡¡Será cabrona!! Como si a ella le fuera tan bien la vida... cuando comparte piso con nosotras, que además no la aguantamos.

Elena y Laura me miraron de soslayo. Funcionaban como dos cuerpos artificiales con una única CPU. Bueno, estoy siendo mala. No eran dos autómatas, solo dos chicas que al conocerse se fusionaron como hermanas mellizas de diferentes madres, que siempre hablaban a la vez, que se terminaban las frases y que se comportaban como un coro griego. Eran maravillosas y las adoraba, pero su nivel de simbiosis resultaba, a ratos, terrorífica.

—A mí no me cae mal —aseguró Elena—. Tiene conversaciones interesantes.

—Y sabe mazo de belleza. Da buenos consejos —añadió Laura.

—¡Sí! ¿Os acordáis cuando hicimos aquellas mascarillas caseras?

—¿Cuándo? —pregunté con los ojos abiertos de par en par.

Me parecía increíble que hubieran hecho mascarillas caseras sin mí.

—Sí, un domingo. Hicimos mascarillas y un bizcocho sano con..., ¿eran dátiles?

—Sí. Qué bueno estaba... —suspiró Elena.

—Pues yo no me acuerdo... —rezongué.

—Estarías en casa de algún ligue —farfulló malignamente Laura.

—Lo decís como si cambiara de ligue como de bragas. Ni siquiera son ligues. Son... intentos de encontrar al hombre de mi vida.

Dibujé una mueca. Sonaba superpatética. Si al menos follara por deporte...

—Cata, ni siquiera nos dio tiempo de aprendernos el nombre del último.

—Estáis dibujando una imagen de mí que vergüenza os tendría que dar —dije un poco triste—. ¿Qué queréis que haga? Yo cada vez que conozco a alguien deseo con todas mis fuerzas enamorarme... Os juro que hasta me imagino diciéndole «sí, quiero» en una iglesia románica en el Pirineo, pero... nunca pasa. Más sufro yo, chica, que me pierdo el chute de endorfinas.

—Tampoco es que te pierdas mucho con el amor. — Laura se levantó y recogió sus platos mientras se dirigía al mastodóntico fregadero de loza blanca—. Creo que ese es el problema, que tienes un concepto completamente irreal e idealizado del amor.

—No me jodas... —me quejé.

—Ya lo sabes, Cata: ni sonido de violines ni querubines coronándote en los cielos. La cosa es así: conoces a alguien, te ilusionas, pasas miedo, te vuelves a ilusionar y...

—¡¡*Ghosting!*!! —dijeron Elena y Laura a la vez.

—Madre mía, menuda pandilla de cínicas —resopló Teresa, que no había intervenido hasta ahora.

—En este piso hay una maldición. Teresa, tendrías que haberlo advertido en el anuncio de Idealista: «Preciosa habitación en piso compartido. Zona Chamberí. Acabados originales. Bien iluminado. Dos balcones a la calle y una energía muy chungu para que los asuntos del amor te salgan bien. Interesadas en masoquismo vital, llamar al número de teléfono».

Sonreí con la mirada perdida en la expresión con la que Laura exponía el anuncio imaginario hasta que la aludida me dio un golpecito en el brazo.

—¿No cenas, mi niña?

—Se me ha cerrado el estómago.

Laura y Elena siguieron haciéndose chistes la una a la otra sobre la maldición que arrastraba aquel piso, pero se les olvidó mencionar que, además de conllevar mala suerte en el amor, el halo de energía maligna que desprendían los baldosines también destrozaba tus sueños profesionales.

—Has escogido una profesión muy complicada, Catalina. —Teresa me devolvió a la conversación frotándome cariñosa la espalda—. Pero si quieres seguir peleando por ello, aquí todas te apoyamos.

—Todas no. —Hice una mueca y señalé a mi espalda, hacia el pasillo donde se abrían todas las habitaciones de la casa.

—No seas así, que tampoco te ha dicho nada —apuntó Elena arqueando una ceja.

—Ni siquiera te cae bien, ¿qué te importa lo que opine? —me regañó, cariñosa, Laura.

—Soy mujer, me han programado genéticamente para pasar la vida demasiado preocupada por lo que piensen los demás de mí como para ser completamente feliz.

Las tres sonrieron y miré el pequeño televisor de la cocina, de esos de cuando las pantallas planas eran solo atrezo de distopías futuristas. Como todas las noches, se había

quedado de sintonía de fondo durante la conversación que manteníamos alrededor de la mesa. No debía de quedar mucho para que terminaran las noticias, porque ya habían empezado a repasar la sección cultural y parecía que no había mucho contenido de actualidad, ya que estaban repasando temas de «poca urgencia»: «Comienza la carrera hacia la cita más importante del arte contemporáneo en la capital. Un año más, el próximo mes de febrero, ARCO Madrid reunirá en los pabellones 7 y 9 de IFEMA a un total de doscientas tres galerías de treinta y un países. Artistas, marchantes y galerías componen ya las colecciones del próximo invierno en una edición que será muy significativa».

—¿La feria es en febrero y ya están hablando de ella? —Arrugué el morro—. Estamos en octubre, por el amor del cosmos. ¿No deberían estar hablando del veranillo de San Miguel?

—No habrá noticias. Mejor, mejor, que después de los años que llevamos, una de aburrimiento no está mal —apuntó Elena.

—Mírala... —Señalé la tele, donde una señora con pinta de estirada estaba diciendo la cantidad de tiempo que se invierte en preparar la feria—. Qué pinta de esnifar pegamento.

—¡Cata! —se burló Laura.

Una voz en *off* siguió hablándonos sobre ARCO desde la televisión: «Todos los ojos están puestos en la feria, tras la cual el mercado artístico podrá confirmar si el crecimiento de este último año fue en realidad el canto del cisne de un mundo que ha visto reducidos sus márgenes de beneficio y cuyos problemas parecen cada vez más visibles».

—Esos sí que viven bien —murmuré.

—¿Quiénes? —preguntó Elena sorprendida.

—Los «artistas». —Dibujé las comillas en el aire y añadí un tono desdeñoso—. Esos sí que han triunfado en el *casting*.

—¿Qué *casting*, loca? Son pintores y escultores, no los protagonistas del musical de *El Rey León*.

—¿Esos? Esos están haciendo el papelón de su vida. ¿Tú crees de verdad que una papelera volcada y un montón de mierda a su alrededor es realmente una obra de arte?

—Responde plásticamente a la necesidad de comunicar una idea, ¿no? —respondió como si tal cosa Laura.

—Eso no me lo esperaba. —Elena pestañeó sorprendida por el desfile verbal de nuestra compañera.

—Me refiero a que..., no me jodas. Es una papelera volcada y lo de alrededor no deja de ser mierda. Y... ¿cuánto se paga por esa obra? El artista es un listo. Un caradura. El arte contemporáneo, en general, es una puta falacia..., ¡míralos! —Señalé la televisión, donde se estaba haciendo un repaso visual por las obras más controvertidas del año pasado—. ¿Qué cojones es eso? ¡¡Es un maldito neón!! Eso no es arte, joder.

—¿Y qué lo es? —me cuestionó Laura.

—El papelón del artista. Eso sí que es arte. Porque... manda cojones que puedas hacer creer a la suficiente cantidad de gente que eso..., ESO..., es un objeto de culto por el que se puede pagar un cuarto de millón.

—Uhhh... —Teresa nos miraba sin tener una opinión clara.

—Creo que no es cuestión de la naturaleza del objeto usado como canal —sentenció Laura de nuevo—. Pienso más bien que la verdadera expresión artística es la chispa de inquietud que hace que esos artistas comuniquen a través de...

—¿De mierda? —insistí.

—Estás cabezona, ¿eh? —Sonrió.

—No me vas a convencer. Son los mejores actores del mundo —asentí—. Y aquí, esta actriz totalmente derrumbada por el último fiasco de su carrera se va a dormir.

—¿De verdad no vas a cenar? —me preguntó Teresa, preocupada.

—No tengo hambre.

Una de las ventajas de haberme formado durante tantos años para ser actriz es que... mentía muy bien, con soltura y naturalidad. Hambre tenía y los filetes empanados de Teresa olían de maravilla, pero estaba lo suficientemente desilusionada como para necesitar refugiarme cuanto antes en mi dormitorio. Lo había intentado, pero... quizá no era la noche ideal para ejercer de buena compañera de piso.

—Vamos a ver un capítulo de *Modern Love*..., ¿no te apuntas de verdad? —me invitó Elena.

—No. Ehm..., me duele un poco la cabeza.

—Pero Cata... —se quejaron Elena y Laura a la vez, desilusionadas—. Que a las doce ya es tu cumple...

El timbre de mi teléfono empezó a resonar dentro del bolso que había dejado colgando de la silla, pero, a pesar de que era imposible, me pareció menos amable incluso que los timbrazos del de Claudia. Era como si una melodía predefinida pudiera susurrarme diabólicamente que, seguro, esa llamada no traería nada emocionante. Cuando lo alcancé y vi «mamá» en pantalla, bufé.

—Es solo un día. Mañana dejo que me tiréis de las orejas —les dije con una sonrisa y levanté el móvil para que lo vieran—. Es mi madre. Por fin se ha decidido a vaciar la casa del pueblo, la de su tía. Y debe de estar llamándome para recordarme que prometí ayudarlos... por si las doscientas cincuenta y dos llamadas anteriores no han servido para fijarlo en mi memoria.

—¡¡Cata!! —se quejó Laura—. ¡¡Que habías prometido acompañarme a recoger el centro de planchado que compramos por Wallapop!!

—Ay... —Hice una mueca—. Bueno, es que...

—¿¡¡Y si es un psicópata y quiere matarme!!?

—Lo más probable es que solo sea alguien que quiere deshacerse del mastodóntico centro de planchado que, al